

viéndole seamos felices. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce María! ¡Oh clementísima para los necesitados, piadosa para los suplicantes, dulce para los amantes! ¡Oh clementísima para los penitentes, piadosa para los trabajados, dulce para los contemplativos! ¡Oh clementísima libertando, piadosa socorriendo, dulce á Ti misma dándote! ¡Oh clementísima cuando consuelas, piadosa cuando acaricias, dulce cuando besas! Eres clementísima para tus siervos, piadosa para los ya corregidos y dulce á los muy queridos. Amen.



CAPÍTULO VI.

La Letanía lauretana.

LA palabra letanía viene de un vocablo griego que significa súplica ó rogativa; pero súplica formal, ordenada, repetida y entre sí concorde. Son, pues, las letanías, una serie de súplicas con las cuales rogamos á Dios; por lo que las llamamos tambien rogativas. Su uso en la Iglesia cristiana es antiquísimo, y remonta ya al tiempo de los Apóstoles, segun la opinion de san Ambrosio, que supone que las letanías no son otra cosa que el cumplimiento de aquel precepto de san Pablo, en su carta primera á Timoteo, en que le dice á este santo Obispo discipulo suyo: *Recomiendo, pues, ante todas cosas, que se hagan súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gra-*

cias, por todos los hombres, por los reyes y por todos los instituidos en alto puesto, á fin de que tengamos una vida quieta y tranquila en el ejercicio de toda piedad y honestidad. San Ireneo, discípulo de san Policarpo, el cual vivió en los tiempos apostólicos, afirma que ya entonces se celebraban letanías, llamándolas como ahora las llamamos rogativas, *supplicationem*.

La eficacia de las letanías es manifiesta, y consta de una manera indudable por las historias eclesiásticas, que están llenas de singulares favores alcanzados por el pueblo cristiano por medio de ellas. Por esto, en tiempo de públicas calamidades, la Iglesia manda practicarlas. Mediante ellas hanse mitigado persecuciones, cesado guerras, desaparecido pestes y terremotos, y alcanzándose lluvias en tiempo de grandes sequías. Y así ha de pasar, porque nos asegura la palabra de Jesucristo, escrita en los santos Evangelios, que si clamamos seremos oídos, si pedimos, atendidos y si suplicamos seremos aliviados; y aún añade, que en caso de que no se nos oiga, no por esto dejemos de proseguir llamando á las puertas de la misericordia divina, que seamos hasta importunos,

haciéndole como una violencia al Señor, hasta que nos atienda. Las letanías son, pues, como el cumplimiento de esta enseñanza de Jesucristo: la súplica repetida, continuada, reiterada y hasta importuna.

Dos clases de letanías están en uso en la Iglesia de Dios: unas litúrgicas, como son las que cada día el sacerdote repite en la Misa, implorando la misericordia divina con la invocacion de las tres Personas de la Trinidad adorable, ó sean los *Kyries*; otras que la misma Iglesia usa en procesiones y otros actos menos solemnes del culto. Existen además otro gran número de letanías; pero la Iglesia, por decreto del Papa Clemente VIII, expedido en el año 1601, las prohibió todas, á excepcion de las que venian incluidas en el Misal y Breviario romanos, y de las que solian cantarse en honor de la Virgen en el santuario de Loreto. De consiguiente, entre las varias letanías en honor de la Virgen, las únicas que gozan de sancion canónica son las conocidas con el nombre de lauretanias. Los frailes de santo Domingo ya de antiguo solian cantarlas en sus iglesias todos los sábados, y en el año 1606, el Papa Paulo V concedió indulgencias á los fieles que asis-

tiesen á las mismas, y posteriormente la piedad de los devotos del Rosario ha introducido la santa costumbre de que cada día se repitan al final del rezo del mismo, con acrecentamientos en la devoción á la purísima y poderosa Reina de cielos y tierra.

No consta quien fué el autor de estas bellísimas y devotas letanías de María santísima: sería, dice un docto y piadoso escritor, algún santo ignorado, alguna de estas almas escogidas que viven en el seno de la Iglesia, siendo conocidas tan sólo de Dios, autor y consumador de toda santidad, ó más bien, añade, el autor es el mismo Espíritu Santo, que vivifica la Iglesia católica é impulsa los corazones de sus hijos.

II.—Toda oración ó súplica va dirigida á Dios: ante el trono de la Trinidad beatísima, dice san Juan en su Apocalipsis, los ángeles derraman las copas de oro llenas de las oraciones de los pobres habitantes de la tierra, que aquellos espíritus bienaventurados han recogido. Sólo á la Trinidad divina corresponde todo honor y toda gloria; por lo cual, el que va á rezar las letanías hace como una

profunda reverencia á cada una de las divinas Personas, especie de misterioso saludo con que comienza su oración, diciendo: *Señor, apiádate de mí; Cristo, apiádate de mí; Señor, apiádate de mí*. Palabras llenas de profundo sentido, porque expresan la omnipotencia divina y la nada humana; son el reconocimiento de nuestra total dependencia de Dios, á quien pedimos que socorra nuestra miseria; expresan, pues, los sentimientos de respeto y de humildad, que son los que deben adornar todo acto de adoración.

Hecha esta profunda reverencia á cada una de las tres Personas divinas, el que reza las Letanías prepara el buen éxito de su súplica procurando ganarse la benevolencia del Señor: dirígese, pues, á Cristo, y le dice primero: *Cristo, óyenos*; y luego repite: *Cristo, atiéndenos*. Sabe que Cristo le ama, que movido del amor quiso morir clavado en la cruz; que le tiene dada palabra de oírle y atenderle; que en cualquier caso que pida al Padre en nombre suyo será socorrido, por lo cual interesa en favor suyo á Jesucristo, nuestra salvación y nuestra gloria, pidiéndole mansa y humildemente que escuche su oración. De otra parte, diciendo

Cristo, óyenos; Cristo, atiéndenos, confesamos la divinidad de Nuestro Señor, pues no le pedimos que ruegue por nosotros; sino que, sabiendo que es Dios, buscamos en El mismo el alivio de nuestra necesidad.

Luego con expresiones de incomparable eficacia nos dirigimos de nuevo á cada una de las tres divinas Personas, diciendo: *Dios, Padre de los cielos, apiádate de nosotros*. Llamamos, pues, á Dios con el nombre más dulce que existe en el mundo; le invocamos como Padre, nombre que le compromete y fuerza á socorrernos. Así nos enseñó Jesucristo de implorar á Dios en la oracion dominical, Padre de los cielos; porque si un padre terreno concede á su hijo suplicante lo que le pide, ¿qué ha de hacer este Padre celestial, mucho más padre que todos los de la tierra, que no son más que instrumentos de aquel eterno Padre de todas las criaturas?

Invocamos á la segunda Persona divina, diciéndole: *Dios Hijo, Redentor del mundo, apiádate de nosotros*. Le llamamos Hijo de Dios, pero no hijo como lo somos nosotros, por adopcion y misericordia, sino Hijo natural, consubstancial, tan Dios como su Padre, tan eterno, tan inmenso, tan omnipotente.

Hijo en quien resplandece la misma dignidad divina de su Padre, y que no obstante quiso venir al mundo, atraído por nuestras miserias, y hacerse nuestro Redentor. Es Hijo de Dios por naturaleza, es Redentor de los hombres por oficio, que no se desdeñó de ejercitar en favor nuestro. Luego tanto compromete á la segunda Persona el nombre de Redentor, como á la primera el de Padre: si es nuestro Redentor somos suyos, debe cuidar de nosotros como de cosa propia, debe socorrer nuestra miseria, por lo cual con toda confianza le podemos pedir que se compadezca de nosotros.

Inmediatamente confesamos el Amor inmenso y divino con que mutuamente se quieren el Padre y el Hijo; pero no Amor como el de las criaturas, sino un Amor substancial, eterno, inefable, un Amor que es tan Dios como el Padre y el Hijo, á quienes ata con indisoluble y dulcísimo vínculo, siendo la tercera Persona de la Divinidad, y á la cual rendidos invocamos é imploramos en union del Padre y del Hijo, de quien es como la respiracion y soplo, soplo que vivifica á todas las criaturas, y ante el cual postrados

humildemente decimos: *Dios, Espiritu Santo, apiádate de nosotros.*

Después de suplicar á las tres divinas Personas separadamente, al Padre, al Hijo y al Espiritu Santo, invocamos el augusto misterio de la Unidad en la Trinidad: *Santa Trinidad Dios Uno, apiádate de nosotros.* Nuestro Dios, el Dios verdadero, contiene tres Personas, mas es uno. Los antiguos, segun refiere el historiador Eusebio, llegaron á adorar más de treinta mil divinidades; tenían dioses en los aires, en las aguas, en las entrañas de la tierra. El Dios verdadero, que Jesucristo nos enseñó de adorar en espíritu y verdad, está por todas partes; es omnipotente, gobierna todo lo criado, vive en nuestras almas, por lo cual nosotros le decimos con seguridad de ser oídos: *Apiádale de nosotros.* La fe es el alma de la oracion, de tal manera que muy profundamente escribia san Agustin: «Si la fe falta, la oracion muere;» por esto el cristiano en estas Letanias insiste tanto, en el principio de ellas, en el misterio que es fuente, origen, manantial de la fe: la trinidad y la unidad de Dios.

III. Inmediata al trono de la augusta Trinidad, emparentada con las tres divinas Personas, como á intercesora poderosísima y medianera cariñosa entre los pecadores y su Padre y Juez eterno, el nombre de María viene á los labios del cristiano después que ha hecho su súplica al Omnipotente, para que Ella la apoye con su valiosa influencia. Sigue, pues, á la invocacion de la santísima trinidad y unidad de Dios pidiendo misericordia, una multitud de invocaciones á María para que ruegue por nosotros. Es la Letanía Lauretana una serie de títulos ó epítetos de María santísima interesantes todos, y todos á propósito para encender los filiales afectos de nuestro corazón, y los tiernísimos y benévolos sentimientos maternos de Nuestra Señora en favor nuestro; es verdaderamente como un breviario ó artificioso compendio de las alabanzas de María. Cada título de ellas es un rayo que se desprende de aquel sublime foco de la gloria de la Virgen, que no tiene superior sino en la gloria de la augustísima Trinidad y en la sagrada Humanidad de Cristo; una nueva revelacion en la mente del cristiano, de aquella dignidad y excelencia superior á la de toda criatura.

A tres grupos pueden reducirse, dice el P. Justino Miechovic, los títulos de alabanza de María contenidos en la Letanía lauretana, porque tres son las causas ó motivos principales por los cuales suelen ser alabados los hombres: 1.º Por su nombre famoso que se ha extendido por la tierra. 2.º Por su oficio, por sus virtudes, por sus actos heroicos y singulares. 3.º Por la eminencia ó santidad de su estado.

Por esto ante todo la primera invocacion es al nombre dulcísimo, graciosísimo, famosísimo y de todo el mundo amado de María: *Santa María, ruega por nosotros.*

Luego se conmemora su oficio y mision sublime, sus virtudes y heroicos actos. Alábanse primero estas cualidades con títulos que de una manera propia y natural pueden aplicarse á nuestra Señora, y despues con expresiones metafóricas ó figuradas, pero que expresan de una manera magnífica sus propias excelencias:

Santa Madre de Dios; Santa Virgen entre las vírgenes; Madre de Cristo; Madre de la divina gracia; Madre purísima; Madre castísima; Madre incontaminada; Madre incorrupta; Madre amable; Madre admirable;

Madre del Criador; Madre del Salvador; Virgen prudentísima; Virgen venerable; Virgen loable; Virgen poderosa; Virgen clemente; Virgen fiel.

Vienen luego las expresiones figuradas de alabanza á la Virgen por su mision y dignidad:

Espejo de justicia; Trono de la Sabiduria; Causa de nuestra alegría; Tesoro (Vas) espiritual; Tesoro de todo honor; Tesoro insigne de devocion; Rosa misteriosa; Torre de David; Torre de marfil; Casa de oro; Arca de la Alianza; Puerta del cielo; Estrella matinal.

Alábanse las virtudes y actos heroicos de María con los siguientes títulos:

Refugio de los pecadores; Salud de los enfermos; Consoladora de los afligidos; Auxilio de los cristianos.

Siguen, por último, los títulos que pertenecen al tercer grupo, y expresan la eminente é imponderable dignidad de la Madre de Dios:

Reina de los Angeles; Reina de los Patriarcas; Reina de los Profetas; Reina de los Apóstoles; Reina de los Mártires; Reina de los Confesores; Reina de las Vírgenes; Reina de todos los Santos; Reina concebida sin mancha de pecado; Reina del santísimo Rosario.

Despues de tan repetidas y apremiantes súplicas á la poderosa y dulce Abogada de los pecadores, asegurados de que ha ya ejercido su decisiva influencia en favor nuestro delante de su divino Hijo, nos presentamos confiados ante Él para concluir nuestra oracion. Le invocamos entonces con el peregrino nombre de *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo*. Cordero, porque quiso aparecer en la tierra con humildad y mansedumbre; antes era formidable leon que destrozaba á los culpables, mas desde que se vistió la carne de María es Cordero, sencillo, puro y pacífico, que no destroza á los pecadores, antes bien por amor á los pecadores, para salvacion de los mismos, se deja conducir al matadero, desollar de una manera cruel y sacrificar de un modo sangriento en el ara de la cruz. Por esto con gran confianza le podemos pedir que nos perdone; porque ¿por ventura conoce la ira? Apaciguase este inocente Cordero al momento que oye nuestra voz suplicante y arrepentida, inclina su oído á nuestras súplicas, y compadécese al instante de nuestra culpable miseria, *miserere nobis*.



PARTÉ TERCERA.

FORMA DEL ROSARIO Ó ESPÍRITU QUE LO CARACTERIZA.

CAPÍTULO I.

Primer misterio gozoso: La Encarnacion del Hijo de Dios.

I.

El pecado de nuestros primeros padres Adan y Eva habia quebrado el dulce y amoroso lazo de la gracia, que unia á los hombres con Dios; la canal por donde del Criador, abundantísimo de bienes, Bien por esencia, venia á la humana criatura el caudal que necesitaba y